

Mário Cláudio

Buenas noches, señor Soares

TRADUCCIÓN DE ANA BELÉN CAO MÍGUEZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *Boa noite, senhor Soares*,
Publicações Dom Quixote, 2008

Buenas noches, señor Soares
Mário Cláudio

Primera edición: febrero de 2021

© Mário Cláudio / Publicações Dom Quixote, 2008

© de la traducción del texto, Ana Belén Cao Míguez

© de la ilustración de la cubierta, Pelayo Ortega

Edición © La Umría y la Solana, 2021

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado

Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-122393-6-2

Depósito legal: M-2387-2021

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra publicada con apoyo de DGLAB/ Cultura y Camoes, IP – Portugal

Obra apoiada pela DGLAB/ Cultura e pelo Camões, IP – Portugal



REPÚBLICA
PORTUGUESA

CULTURA
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS



CAMÕES
CENTRO CULTURAL
PORTUGUÊS
PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS ESTRANGEIROS

A Miguel Veiga

Youth will stand foremost ever
Shelley

I

Aquella mañana, cuando llegué al almacén de telas, los muchachos acababan de matar una rata del tamaño de un conejo pequeño. Sin saber siquiera quién era yo, vinieron a enseñármela, explicándome que semejantes bicharracos aparecían con frecuencia en los edificios de la Rua dos Douradores, construidos por el marqués de Pombal. Justo en ese momento irrumpió el jefe, el patrón Vasques, un sujeto muy bien plantado, con su bigote perfectamente recortado y su camisa de cuello almidonado. «¡Venga, ahora toca trabajar!», determinó, y solo entonces le declaré lo que pretendía: el puesto de aprendiz de dependiente. Esto sucedió a comienzos de marzo, llovía torrencialmente y yo estaba sin blanca, no tenía ni para pagarme el café. «¿Cómo te llamas?», me preguntó el patrón Vasques con una sonrisa que de inmediato supe que no duraría, que era lo que en mi tierra llamábamos «huevos de Pascua». «António da Silva Felício», contesté asustado. Él, acto seguido y casi sin escucharme, prosiguió: «¿De dónde eres?». «De Escalos de Cima, en los alrededores de Idanha-a-Nova, distrito de Castelo Branco, señor Vasques», le respondí y, al asentir él con la cabeza, comprendí que me aceptaría como empleado suyo. Se metió en el bolsillo del chaleco aquella mano velluda y venosa, y ordenó a un mozo que tomase nota de

mis datos en una hoja de papel costero, los cuales se copiarían, llegado el momento oportuno, en una ficha limpia. El patrón Vasques se alejó en dirección a lo que denominaban la «dependencia general de la oficina», y otras veces la «repartición», y fue entonces cuando, al topárselo justo antes de desaparecer en sus aposentos, el señor Soares le plantó cara. El señor Soares no profirió palabra alguna, pero el patrón Vasques murmuró como si quisiera justificarse: «El tipo me da pena, se va a quedar en la miseria». Se encendió despacio el puro que se había sacado del bolsillo interior de la chaqueta y añadió: «En todo caso, si él necesitase algo de mí, yo no me olvido de que le debo un buen negocio y unos cuantos miles de escudos»¹. Uno de los muchachos abrió las ventanas y nos pusimos todos a escuchar al patrón Vasques, ya de vuelta en su despacho, que vociferaba al teléfono: «¿Pero aún está ocupado?», gruñendo a continuación: «¡Su puta madre!». La lluvia continuaba con mucha fuerza. El patrón Vasques se asomó por sorpresa ante la contrapuerta de la oficina y repitió: «¡Venga, ya me habéis oído, a

1. [Nota de la trad.] Para entender estas palabras del personaje debe tenerse en cuenta que, en el *Libro del desasosiego*, con el que la presente obra establece un continuo diálogo intertextual, el joven sin nombre al que ofrece trabajo el patrón Vasques pertenece a una familia a la que el mismo jefe acaba de llevar a la ruina tras cerrar un negocio beneficioso para él. Los hechos recogidos en este pasaje son narrados en dicho *Libro*, desde la perspectiva de Bernardo Soares, en los siguientes términos: «el patrón Vasques ha hecho hoy un negocio en el que ha arruinado a un individuo enfermo y a su familia. Mientras hizo el negocio, se olvidó por completo de que ese individuo existía, excepto como parte contraria comercial. Hecho el negocio, le vino la sensibilidad. Solo después, claro, pues, si le hubiese venido antes, el negocio no se habría llegado a hacer. “El tipo me da pena”, me dijo. “Se va a quedar en la miseria”. Después, encendiéndose el puro, añadió: “En todo caso, si él necesitase algo de mí –entendiéndose alguna limosna– yo no me olvido de que le debo un buen negocio y unos cuantos miles de escudos”».

trabajar se ha dicho!». Se dirigió hacia la sala grande, otro mozo abrió de par en par la única ventana que se mantenía cerrada y subió hasta nuestros oídos el sonido de las voces de los carreteros, del timbre de los tranvías y del llanto de un niño. El señor Soares pasó a mi lado (quizás fuese uno de aquellos días en los que acababa antes al no haber nada encima de su escritorio) y salió, lanzando esta información a nadie en particular: «Me voy a Cascais y me parece que ya no podré volver por aquí hoy». Durante una semana entera no le vi el pelo. Los muchachos rara vez se referían a él y, cuando lo hacían, era para reírse un rato, intercambiando miradas, pero sin ofenderlo con sus comentarios. Por la tarde me enseñaron en qué consistía un albarán de entrega, cómo debía rellenarse un impreso de correos para el envío de los pedidos y de qué forma se embalaban los artículos destinados a provincias.

En el almacén había, además de mí, del patrón Vasques y del señor Soares, que trabajaba como nuestro traductor, el señor Moreira, el contable, el señor Borges, el cajero, los tres muchachos, empleados, y el mozo de los recados. Los tres muchachos eran José, Sérgio y Vieira, al que apodábamos el Alfama porque vivía en la parroquia de Santo Estêvão; el mozo se llamaba António, como yo. De vez en cuando aparecían los viajeros, el señor Tomé y el señor Ernesto, y teníamos también al gato, Aladino, al que según constaba había bautizado el señor Soares. El señor Moreira, un hombre muy gracioso que vivía al lado de la Avenida, no conseguía pronunciar las erres y nos hacía reír por lo bajo con aquellas frases que nosotros, los muchachos, no nos cansábamos de repetir y de las que nunca me olvidaré. «Eso de que *pedominan* los *pecios* bajos es una *teta*» fue una de

sus salidas, a la que recurríamos si nos apetecía un poco de pitorreo. El contable iba generalmente hecho una piltrafa y siempre había sido un enorme comilón. Se dejaba el sueldo en llenarse la panza con doña Lalá, su esposa, y no había lunes que no llegase al almacén añorando los manjares de la víspera: «Ayer me comí unas anguilas en Alcochete que ni os cuento» o «Ayer me eché unos tragos en Colares que hasta traigo aún el sabor en la lengua». Se notaba a las claras que al señor Soares le caía bien el señor Moreira, porque le hacía gracia quizás, o porque en el fondo se daba cuenta de que era un tipo de buenos sentimientos, algo que por lo demás se reflejaba en aquella cara mofletuda, cubierta de sudor en verano y un tanto violácea en invierno. Aunque teóricamente ocupaba el puesto de jefe del traductor, el señor Moreira nunca se las daba de superior, ni con él ni con nadie, y tan solo censuraba la indiferencia que el señor Soares sentía por todo cuanto fuese de comer. «Pero qué cosa más triste», decía el contable para desahogarse, «que lo único que le pasa por el gznate a este hombre sea un caldito de gallina o a lo sumo, muy de vez en cuando, una rodajita de merluza cocida». Al traductor no parecían importarle tales chanzas, y solo muy raramente se divertía tomándole el pelo al señor Moreira, al que apodaba *Don Barómetro*. En efecto, su preocupación por las condiciones atmosféricas no tenía parangón, no porque ello le provocase algún tipo de trastorno en lo tocante a los días de semana, sino porque temía que su almuerzo dominical, festejo en el que depositaba todas sus alegrías de glotón, se le hiciese imposible debido al mal tiempo. El señor Moreira estudiaba por lo tanto constantemente el aspecto del cielo, especialmente aquellas tardes turbias y cálidas, con nubarrones ennegrecidos. En esas

ocasiones, levantaba los ojos del *Libro mayor* y declaraba con pesar: «Se avecina una gran tormenta», no como si tal cosa constituyese una amenaza para su escapada gastronómica, sino como si equivaliese a una auténtica señal del fin del mundo. En cuanto al señor Borges, no solo poseía un escritorio más alto que el de los restantes empleados, incluso más que el del patrón Vasques, como igualmente destacaba por cultivar ese secreto que dicen que constituye el alma del negocio. Había enviudado tres veces, y sus tres mujeres habían sido a su vez viudas ricas que le posibilitaban la cura de su úlcera de estómago, emprendida todos los años en el balneario de Vidago, y el presentarse trajeado con el máximo esmero. Se rumoreaba que, aparte de la consorte reinante, el señor Borges tenía alguna que otra amiguita, y Sérgio juraba que lo había visto una noche abrasadora de julio chupando percebes con una rubia en una cervecería de Cais do Sodré.

De todos los muchachos era con José, un joven triste y lleno de granos en la cara, con quien yo me llevaba mejor. No comprendo por qué, a lo mejor porque era de pocas palabras y por eso confiaba en no tener que ponerme a gastar saliva en balde con él. Natural de Pernes, en la región de Ribatejo, José era huérfano de padre y madre. Vivía con su madrina en el barrio de la Penha de França y sufría con las manías de la mujer, una borrachina a la que tanto se le daba por montar el escándalo entre los vecinos, gritando que se iba a matar porque estaba harta de la vida, como por tener fases de devoción al doctor Sousa Martins, el médico santo de Lisboa, exigiéndole a su ahijado que la acompañase a poner velas y flores a los pies de la estatua que el protector de pobres y desamparados, con fama de milagrero, posee

en el Campo dos Mártires da Pátria. En cualquier caso, la madrina le cobraba puntualmente la habitación y la comida, y la verdad es que el desgraciado pagaba una fortuna por un cuchitril sin ventanas y una raspa de bacalao mal desalado, regada con un escaso chorrillo de aceite. Sérgio salía con una costurera de Poço do Borratém y se pulía cuanto ganaba en ropa, primero para la niña, y solo después para él mismo. Andaban los dos hechos un pincel, ella con enormes escotes en la espalda y el pelo peinado a la *piquette*, él con una pajarita de lunares, y hasta hubo un domingo en el que me crucé con él en los billares del café Chave d'Ouro, enfundado en unas polainitas blancas, de piqué. Saltaba a la vista que Sérgio no era propiamente santo de la devoción del señor Soares. No puedo olvidarme de aquel día en el que entró el chaval, dándose muchas ínfulas y haciendo además de entablar conversación con el traductor, y aún estoy viendo cómo este le volvió la espalda con la mirada repleta de odio, un odio que yo nunca había advertido en él, y que obligó al empleadillo de tres al cuarto a batirse en retirada al almacén y a limitarse a balbucear un «Buenas tardes, señor Soares». Y también me acuerdo de una mañana en la que a Sérgio se le cayeron, con un estruendo de mil demonios, unas cajas pequeñitas de grasa de una nueva marca, a lo que el señor Soares respondió con un «chist» que parecía el de una serpiente venenosa recién pisada. Con el Alfama todo el mundo se llevaba bien porque era muy amable, siempre estaba dispuesto a hacernos favores. Hacía algún recado cuando el mozo estaba fuera, despachaba más pedidos de los que tenía a su cargo si algún compañero tenía que ausentarse para ir a un funeral y compartía con nosotros la fruta que traía para la merienda. El Alfama sabía muchas cosas que nosotros